



HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

<http://hispanianova.rediris.es>

SEPARATA

Nº 9 - Año 2009

E-mail: hispanianova@geo.uned.es

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.



■ **María Matilde OLLIER: LAS MIL CARAS DEL PERONISMO (1975-2007)**

RESUMEN

Este artículo sostiene que la democracia presidencialista argentina de baja institucionalización otorga ventajas al peronismo en tanto el liderazgo estructura esta fuerza como organización política. La imbricación entre presidente de la nación y jefe partidario (formal o informal) y la particular morfología peronista, capaz de combinar diferentes modelos de partidos, favorece el ejercicio concentrado del poder permitiendo, que el peronismo emerja con mil caras en la escena nacional (del neoliberalismo al populismo económico), siendo esas caras las de sus liderazgos.

Palabras clave: Liderazgo Presidencial | Jefe partidario | Peronismo | debilidad institucional | democracia presidencialista.

ABSTRACT

This article argues that weak institutionalization of Argentine's presidential democracy benefits Peronism, because leadership organizes Peronism as a political movement. The overlapping between president and partisan leader (formal or informal) and the peculiar Peronist morphology, which combines different party designs, favors concentration of power in presidential hands. This fact allows Peronism to emerge, in the national arena, with thousand of faces (from neo liberalism to populism). Each of them is their leadership faces.

Keywords: Presidential leadership | Partisan Leader | Peronism | institutional weakness | Presidential Democracy.

LAS MIL CARAS DEL PERONISMO (1975-2007)

María Matilde OLLIER

I.- MARCO CONCEPTUAL

Argentina posee un presidencialismo fuerte (Mainwaring y Shugart: 2002) centrado en la figura del jefe de estado y asentado en una débil institucionalización (O'Donnell: 1994) tanto de la república como del sistema partidario (Cavarozzi: 2002). Este diseño institucional, acusado incluso por ser el causante de décadas de inestabilidad política (Linz: 1990), ha alimentado la preponderancia del presidente, y desde mi perspectiva, ha fortalecido al movimiento político que por su morfología mejor ha respondido a este esquema: el peronismo.¹ Numerosos autores se han dedicado a develar algunos de los momentos de este “hecho maldito” de la política argentina. Sin embargo, pese a atender al lugar crucial del jefe del movimiento, ninguno ha teorizado sobre el mismo.² Por lo tanto este artículo se encamina en esa dirección al sostener que el liderazgo estructura al peronismo como organización política.³ A su vez, al frente del estado, el justicialismo reúne en la misma persona, presidente de la nación y jefe partidario (formal o informal). Así lo instauró Perón y así se ha dado desde que la tercera ola de democratización llegó a la Argentina, en 1983, hasta 2007. Esta imbricación favorece el ejercicio concentrado del poder permitiendo, a su vez, que el peronismo emerja con mil caras en la escena nacional (del neoliberalismo al populismo económico), siendo esas caras las de sus liderazgos.

Si el liderazgo constituye una parte central de la explicación sobre el peronismo, la otra lo es su definición como fuerza política. Para ello el clásico trabajo de Panebianco (1990) nos permite ubicarlo en una perspectiva teórica que descubre los diferentes modelos de partido en que se funda el justicialismo. La dificultad para situarlo dentro de un modelo puro se debe al rasgo movimientista que le dio vida y lo habilitó para sobrevivir a la proscripción (1955-1973). De ahí que el justicialismo fusionó en su origen tres modelos de partido: carismático, de masas y de gobierno, combinación que ha pervivido reciclada a los nuevos tiempos, tal como prueban estas páginas, contribuyendo a alimentar su histórica

¹ La postura original de Linz dio lugar a sendos debates en torno a presidencialismo vs parlamentarismo, que acabaron demostrando la debilidad del argumento del autor. Para una puesta al día de la discusión (Ollier: 2006).

² Amaral y Plotkin (2005), Arias (2004, 2002), D'Ipola (1987), Gutiérrez (2003), James (1990), Levitsky (2003), McGuire (1997), Mckinnon (2002), Palermo y Novaro (1996), Plotkin (2007), Sidicaro (2002), Sigal y Verón (1986), Torre (1999, 1995, 1983), Waldman (1981), Zanata (1999).

³ Ollier (2008)

fortaleza organizativa. Del partido carismático, el justicialismo posee la ausencia de institucionalización y una fortísima centralización de la autoridad. Del partido de masas goza de su marcada desideologización que le confirió el atributo pragmático que el mismo Perón le imprimió y que explica en parte sus múltiples caras.⁴ Del partido de gobierno contiene el rasgo de haber llevado a cabo su organización desde el centro, es decir desde el gobierno, y en este caso inclusive desde el estado, y no desde la periferia.⁵

Para demostrar la premisa sobre el lugar del liderazgo en esta peculiar morfología del peronismo, este artículo realiza una exploración empírica cualitativa a partir de la definición de liderazgo acuñada por Fabbrini (1999) y aplicada al caso del presidente. De esa conceptualización se deduce que el liderazgo presidencial constituye la actividad que entraña la forma del gobernar del presidente, la cual implica los vínculos que éste entabla con los partidos, con los otros poderes del estado y con la sociedad.⁶ Estos nexos puestos en marcha a través de diversos mecanismos y circunstancias encierran entre sus objetivos centrales que el presidente resuelva determinados problemas, produzca resultados favorables --para la sociedad-- en un contexto nacional y durante el tiempo que dure su mandato. En el caso del peronismo, su estilo de liderazgo, beneficiado por el presidencialismo argentino, se basa en la concentración personalista del poder, con vértice en el estado. Desde allí el jefe del movimiento y presidente de la república subordina al partido, al sindicalismo, a las fuerzas armadas, a los gobernadores y a los poderes legislativo y judicial a su voluntad política. El voto ciudadano resulta la herramienta legítima que respalda este estilo de ejercicio del poder de sus liderazgos.

Para recorrer las varias caras del peronismo entre 1975 y 2007, la primera sección muestra la debacle ocurrida en la etapa final de su gobierno, al cual puso fin el golpe de estado de 1976. La segunda centra en los avatares del movimiento bajo el nuevo liderazgo de Carlos Menem. La tercera sección analiza las disputas sucesorias que acompañaron el fin de su jefatura, haciendo hincapié en la transición encabezada por el caudillo de la provincia de Buenos Aires, la más importante del país, Eduardo Duhalde. La cuarta examina las diferencias y semejanzas del sucesor de Menem, Néstor Kirchner, a partir de un análisis de su gobierno. Una reflexión final cierra el capítulo.

II.- LAS FACCIÓNES PERONISTAS SIN LIDER (1975-1976)

La muerte de Perón, en julio de 1974, dejó al peronismo y a su gobierno en un trágico disloque que también afectó a la oposición y al sistema político. Su muerte revelaba el consenso que habían tenido las fuerzas armadas para intervenir en política desde el primer golpe de estado en 1930 y el fracaso de las elites para construir un régimen democrático; fracaso del cual, con diferentes grados de responsabilidad, nadie era ajeno

⁴ Sobre la desideologización del peronismo clásico, Buchrucker (1986).

⁵ Este punto se advierte en los análisis de la Revolución de Junio de 1943 que dio origen al peronismo (Rouquié: 1982).

⁶ Fabbrini (1999, 10) diferencia líder de liderazgo y caracteriza al último como una actividad que supone una relación que se activa para resolver determinado problema o promover un resultado decisional deseado y que se desarrolla en un contexto y en un tiempo.

incluido el jefe peronista. Pues su desaparición, también revelaba, las condiciones y circunstancias de su retorno, es decir, la forma en que había conducido el peronismo cobijando bajo su ala las más diversas y contrapuestas expresiones políticas.⁷ Por lo tanto, fallecido el anciano general, quedó la vicepresidenta, su mujer Isabel Perón, al frente de la presidencia. Allí empezó la etapa final del ciclo de la sustitución de la política por la guerra que acompañó el regreso del peronismo al gobierno y que se dio dentro del movimiento y en el conjunto de la sociedad.⁸ El espiral de violencia, iniciado con anterioridad, se fue agravando desde la vuelta del justicialismo a la Casa Rosada en 1973. Sucedió, entonces, que a lo largo del año 1975 y hasta el golpe de estado, el 24 de marzo de 1976, se dieron cita la crisis económica y social junto a la militarización de la política; ambas se alimentaron mutuamente en la escena nacional y trazaron la ruta hacia el regreso de las fuerzas armadas al poder. A continuación analizaré las dos dimensiones.

Desde el punto de vista económico-social comenzó a deteriorarse el Pacto Social, instrumentado en vida Perón, cuyo objetivo apuntaba a un acuerdo entre los sindicatos, nucleados en la Confederación General del Trabajo (CGT), por un lado, y los empresarios de la Confederación General Económica (CGE), por el otro, bajo el paraguas del estado benefactor.⁹ Era un modo de contener la puja distributiva. Aún cuando nunca funcionó adecuadamente, el acuerdo había expirado para 1975. La crisis económica desatada ese año puso fin a cualquier concertación social por la distribución del ingreso.

Si bien varios actores contribuían, dentro y fuera del gobierno, a la espiral de violencia política y de autoritarismo, José López Rega, llamado popularmente el Brujo por sus inclinaciones esotéricas, jugaba un papel central. Se trataba de un oscuro personaje cuyo único mérito político había radicado en permanecer al lado del viejo caudillo en su exilio madrileño. López Rega era sindicado como el responsable de la Triple A, nombre dado a los escuadrones paramilitares, amparados por el estado, que comenzaron a operar luego de 1973. La fortaleza de López Rega se expresaba también en el plano económico, donde logró promover el recambio del ministro de Economía, cuyo reemplazante fue Celestino Rodrigo, quien asumió el 2 de junio de 2005. El flamante funcionario aplicó una política de *shock* consistente en una devaluación del 100% paralela a un aumento semejante de combustibles y de tarifas. Conocido como "rodrigazo", el paquete dejó sin efecto el 40% de aumento salarial otorgado por el gobierno en marzo de ese año.

El reclamo obrero por mejores pagas era desoído por la administración de Isabel, por lo cual se desató la disputa entre el lopezreguismo y el sindicalismo, ambos peronistas. Los gremios exigieron incrementos en los sueldos y los empresarios acordaron con la demanda. Pero ante la negativa de la presidenta de refrendarlos, la CGT llamó a movilizaciones y a un paro general. Por lo tanto, Isabel no tuvo más remedio que dar marcha atrás y ceder frente a las manifestaciones obreras. Sin embargo, las renuncias de López Rega y de Rodrigo, que trajeron aparejadas las acciones sindicales, no lograron detener la crisis económica que castigaba a la sociedad argentina. Si bien no fue el único,

⁷ Ollier (1989; 2005)

⁸ Para un análisis detallado del peronismo entre 1975 y 1976, Viola (1982).

⁹ Un estudio del sindicalismo bajo el gobierno peronista entre 1973 y 1976, Torre (1983).

López Rega jugó un papel clave en el desbarranque del gobierno; pero comprenderlo lleva a analizar el plano político.

El año 1975 se vio precedido por varios episodios de violencia que anunciaban las horas por venir: la estatización de la televisión a través de medios violentos, la intervención de los principales sindicatos opositores, el arresto de sus líderes, la renuncia de algunos gobernadores ligados al peronismo revolucionario y el asesinato de muchos dirigentes y militantes de base de ese ala del peronismo. La derecha peronista también había avanzado en la Universidad de Buenos Aires, por ese entonces la más grande e importante del país, al colocar a A Otalagno, un exponente de esa tendencia, como rector de la alta casa de estudios. Por su parte, los grupos guerrilleros, tanto peronistas (Montoneros) como no peronista (ERP) continuaron operando militarmente en la escena nacional.¹⁰ El primero asesinó a políticos como Mor Roig, un radical que había sido ministro en el gobierno militar anterior, a sindicalistas como J. Rucci, secretario general de la CGT, y a personajes ligados a las fuerzas de seguridad como el jefe de la Policía Federal, Comisario Villar, considerado uno de los jefes de la Triple A. El segundo arremetía contra los empresarios (muchos de los cuales pagaban para evitar ser secuestrados) y los militares. Completaba el cuadro la violencia desatada entre los dos bandos enfrentados dentro del movimiento: los partidarios de la patria socialista, representada por los grupos revolucionarios del peronismo (guerrilleros y no guerrilleros) por un lado, y los seguidores de la patria peronista, simbolizada en el sindicalismo tradicional y el personal político, por el otro.

El resultado de una dinámica política que combinaba la protesta social con el accionar de los organismos paraestatales y de la guerrilla, acabó en el estado sitio, declarado por el gobierno en noviembre de 1974. El año terminaba con Isabel Perón firmando un decreto por el cual daba más poderes judiciales a López Rega, pese a sus discrepancias en relación al combate contra la guerrilla en Tucumán, una provincia argentina. Mientras López Rega creía que la represión debía recaer en la policía federal, la presidente disentía con esta visión. La divergencia hizo que Isabel, en ausencia de López Rega, firmase el decreto autorizando a las fuerzas armadas a combatir la guerrilla. La incursión de las fuerzas regulares en el monte tucumano, denominada Operativo Independencia, puso al descubierto el comienzo de la auto-determinación de la institución militar para exterminar la insurgencia armada. De este modo, Isabel y los militares acordaban con la doctrina de las fronteras internas y de la seguridad nacional formulada por Estados Unidos desde principios de los años sesentas, que localizaba al enemigo (el comunismo) dentro del territorio nacional.

Si bien Perón había propuesto una nueva relación entre civiles y militares, que permitiera a los últimos volver a los cuarteles y abandonar la vida política, a su muerte, López Rega no respetó aquella proposición, cuando quedó a cargo del proyecto sobre qué hacer con las fuerzas armadas.¹¹ El general Anaya, comandante en jefe del ejército nombrado por Perón, compartía con el caudillo esta idea del “profesionalismo neutro”, es

¹⁰ Sobre Montoneros, Gillespie (1988); sobre la guerrilla peronista, Ollier (1986); sobre el ERP, Moyano (1995).

¹¹ López Rega sostenía serias diferencias con los militares que se expresaron en cómo le quitó recursos para desviarlos hacia la policía federal y la Triple A.

decir, la no participación de las fuerzas armadas en política. Al producirse la intervención del ejército en Tucumán, Anaya declaró que el gobierno no había colaborado con la institución en el operativo anti-guerrillero. López Rega, sin duda, había escamoteado la cooperación pues prefería al general Numa Laplane en ese cargo. Finalmente la asunción de su preferido implicó la victoria del profesionalismo integrado, es decir, la participación de las fuerzas armadas en política. Paradójicamente, comenzaba, para el gobierno, la cuenta regresiva.

En 1975 tres acontecimientos evidenciaron los planes de destituir a Isabel Perón. El primero radicó en la nominación del senador peronista, Italo Luder, como presidente provisional del Senado, con lo cual, por la constitución, quedaba ubicado detrás de la presidenta en la línea sucesoria. El segundo evento consistió en la promulgación de la Ley de Acefalía, que establecía los pasos a seguir en caso de renuncia presidencial y contra la cual votaron los verticalistas, esto es los partidarios de Isabel. El tercer suceso fue la expulsión de López Rega del país el 19 de julio. Pese a los preparativos institucionales para la destitución, a mediados de agosto, los verticalistas parecían fortalecidos y una Liga de Once Gobernadores, comandada por Carlos Menem, defendió la continuidad de *Isabelita*.

El avance de los sectores antiperonistas del Ejército y la lógica de acción y reacción violenta colocaban el proceso político a las puertas del golpe de estado. Luego de la primera amenaza golpista, en agosto de 1975, el general Jorge R. Videla reemplazó a Numa Laplane y el 18 de diciembre se levantó la aeronáutica, en Morón y en Aeroparque, bajo el mando del brigadier Capellini. A su vez la guerrilla no peronista seguía enfrascada en su guerra contra las fuerzas armadas. Así el día 23, el ERP atacó los cuarteles del ejército en Monte Chingolo, donde sufrieron una derrota aplastante, aparentemente debido a una delación que alertó a los militares sobre el ataque. Al día siguiente, el general Videla, desde Tucumán, habló a los soldados expresando su ingreso a la fase más aguda de la batalla contra la "subversión". Las horas del gobierno estaban contadas. Los meses transcurridos evidenciaban el deterioro de una administración que no controlaba la violencia y a la cual apoyaban más los partidos opositores que sus propios seguidores.

En resumen, en medio del desbarranque económico, el gobierno utilizaba el poder del estado para organizar y mantener sus escuadrones para-policiales mientras distintos grupos, de izquierda a derecha del espectro político, confrontaban violentamente. En esa lógica terminaron involucradas las fuerzas armadas, incluso algunos de sus miembros resultaron víctimas de la Triple A.¹² El país se había convertido en una sociedad de "todos contra todos", que convivía con la muerte y el crimen político de modo resignado. Al estallar las mil caras del peronismo dieron paso a la larga noche de asesinatos, desaparecidos y encarcelados que significó la última dictadura argentina.

La izquierda revolucionaria, conformada por distintos grupos peronistas y no peronistas, fue la víctima central del gobierno militar que se inició con la caída del peronismo en 1976 y se prolongó hasta 1983. El nuevo autoritarismo encontró una sociedad que, al igual que tantas veces en el pasado, lo recibió sin inmutarse.¹³ Dentro de

¹² En marzo de 1975, la Triple A asesinó al Coronel Rico, jefe del servicio de inteligencia del ejército, que estaba investigando los escuadrones para-policiales de extrema derecha.

¹³ Un estudio de la izquierda revolucionaria, Ollier (1998 y en prensa)

ella se hallaban las organizaciones peronistas revolucionarias, de las cuales la más importante en adherentes y en poderío militar y económico fue Montoneros. Estos sufrieron una derrota militar y política de la cual no se recuperaron jamás.

El segundo objetivo de los hombres de armas lo constituyó la desaparición del peronismo como fuerza política y, en menor medida, del radicalismo.¹⁴ En su diagnóstico, la demagogia del primero había abierto la puerta a la guerrilla. En consecuencia un número importante de dirigentes peronistas fueron enviados a prisión. L. Bittel y S. Ubaldini lograron evitarla y sostuvieron una actitud opositora al régimen, aun cuando apoyaron la guerra que la Argentina declaró a Gran Bretaña, en 1982, por la recuperación de las islas del Atlántico Sur. La derrota en la contienda sumada al fracaso del gobierno para diseñar una salida pactada, condujo al régimen a una caída por colapso.¹⁵ Anunciada, entonces, la apertura democrática para 1983, el peronismo llevó como candidato, a Luder, un hombre cercano a las fuerzas armadas. Un sindicalismo desprestigiado ante la opinión pública controlaba la cúpula del movimiento.¹⁶ Sucedió, entonces, que la muerte del viejo caudillo había dejado la sucesión ligada a la cuestión del liderazgo. De ahí que al iniciarse la transición en 1983, el justicialismo debió enfrentar ambos problemas: cómo y quién ocuparía el lugar de Perón.

III. EL PERONISMO NEOLIBERAL: CARLOS MENEM (1983-1999)

La asociación entre sindicalismo y fuerzas armadas, que la figura de Luder simbolizaba, fue denunciada por Raúl Alfonsín, el postulante radical y posterior triunfador en las elecciones presidenciales de 1983. Bajo la figura del mal político argentino, el jefe de la UCR diseñó como consigna de campaña el dilema autoritarismo o democracia. A su vez, el primer campo se encontraba ocupado, según el candidato, por el pacto militar-sindical, que aludía a una alianza entre el peronismo y las fuerzas armadas; ambas responsables por la inestabilidad de la democracia. De este modo, el justicialismo quedaba ubicado en el lado oscuro del pasado político argentino. Así lo entendió una mayoría de la ciudadanía que ofrendó su triunfo al líder radical. Con un importante caudal de votos (44%), el partido justicialista (PJ) perdió la elección, con lo cual se convirtió en una oposición poderosa que se hizo sentir sobre la primera transición a la democracia del Cono Sur. Como ejemplo de su accionar basta mencionar los doce paros generales realizados por la CGT al gobierno. El peronismo sólo fue solidario con éste cuando sucedió la intentona golpista de la Semana Santa de 1987, contra la cual se pronunció espontáneamente la ciudadanía. Por lo demás se opuso a la política militar, económica y social bajo la bandera de liberación o dependencia que luego habrá de abandonar, una vez en el poder, en 1989. Presionó a la gestión radical hasta lograr la salida anticipada de Alfonsín en julio, en vez de diciembre, de 1989, presidida por saqueos a supermercados que habrán de repetirse más tarde bajo otra administración radical.¹⁷

¹⁴ Una reconstrucción del régimen autoritario y el rol de los partidos, Quiroga (1994).

¹⁵ Categorización de O'Donnell, Schmitter y Whitehead (1994).

¹⁶ Para un análisis, Gutiérrez (2003).

¹⁷ Un estudio del gobierno de Alfonsín, Tedesco (1999).

Compelido a renovarse, el peronismo emprendió el único camino posible según su subcultura política para volver al gobierno: hallar un nuevo líder. La figura de Luder reflejaba qué poco el PJ había saldado sus cuentas con los años transcurridos. La candidatura de este hombre ligado a las fuerzas armadas, autor del decreto de intervención de las mismas en la represión a la guerrilla en 1975 y que aceptó la auto- amnistía decretada por los militares antes de abandonar el poder, demostraba hasta qué punto el peronismo no había comprendido los cambios ocurridos en aquellos años. El precio de su incompreensión fue la derrota de 1983, luego de la cual adquieren un lugar de mayor visibilidad y poder, en relación al sindicalismo, los dirigentes que emprendieron la renovación del partido, entre ellos Antonio Cafiero.¹⁸

Sin embargo, el premio mayor habría de llevárselo Carlos Menem, quien pudo constituirse en el jefe del PJ dada su legitimidad de origen en las elecciones internas, herramienta con la cual el peronismo designó a su candidato presidencial, merced a la renovación llevada a cabo por el personal político contra el sindicalismo. El riojano ganó su nominación al derrotar a un sector de la dirigencia renovadora del PJ, comandada por Cafiero y de la cual había formado parte, y al cobijar bajo su manto a los ortodoxos, ligados al gremialismo. Montado entonces en una maquinaria heterogénea penetró en distritos dominados por la renovación peronista (Arias: 2002), sobre todo en la provincia de Buenos Aires. En la competencia intra-partidaria Menem demostró la misma capacidad de conducir que luego lo llevó no sólo a la presidencia sino a un estilo de gobierno y de ejercicio del poder.

Del mismo modo que en la competencia interna, durante la campaña presidencial, Menem aceptó a su lado grupos tradicionalmente antiperonistas y a personajes que fueron sus adversarios en la disputa partidaria. Palermo y Novaro (1996) advierten los recursos peronistas a los cuales acudió Menem para instrumentar su plan de reformas neoliberales.¹⁹ Su imagen de caudillo, claramente identificado con la trayectoria populista del movimiento, se mantuvo intacta para las huestes del PJ pese a su proyecto económico. Así Menem fue para el votante humilde del PJ un verdadero peronista y para el establishment económico y los Estados Unidos un presidente inesperado. Su estilo de liderazgo emuló a Perón, en tanto puso en juego su carisma y se afirmó principalmente a partir del personalismo. Sus reformas revirtieron los principios históricos sobre los cuales se había sostenido el justicialismo por más de cuarenta años.

De ahí que la tradición peronista, favoreció a Menem en varios sentidos: la confianza en el líder como conductor de la refundación de la Nación y de la unidad del pueblo, las invocaciones contra la clase política y el pragmatismo peronista (Palermo y Novaro) y un estilo de concentración del poder en el vértice del estado. Desde ahí Menem controlaba el sindicalismo, el parlamento y la corte suprema. De esta última cambió varios de sus miembros para nombrar hombres ligados a él. Al igual que Perón, apelaba, según su auditorio, a retóricas diferentes, logrando, según Arias (2002), que diversos sectores de la sociedad –incluso aquellos ubicados históricamente en partidos rivales- recurrieran a su pedido de apoyo. De este modo organizó la base de su liderazgo presidencial desde el cual

¹⁸ Sobre la renovación, Gutiérrez (2003).

¹⁹ La información sobre la etapa menemista ha sido extraída de Arias (2002) y Palermo y Novaro (1996).

disciplinó (rebeldías mediante) al conjunto del peronismo (incorporando a los viejos renovadores en su nuevo diseño de poder). Con él se terminó la división entre ortodoxos y renovadores, en tanto él mismo encarnaba a ambos. Como resultado, a poco de andar, era fácil de reconocer al nuevo jefe del movimiento, el verdadero discípulo de Perón. La forma en que condujo el estado y el partido, del cual era presidente, llevó a subordinarlo a su voluntad. Similar a Perón concentró los resortes del poder y el proceso de toma de decisiones nacía en él.

Desde aquí impuso un inédito discurso neoliberal, al ubicar el dilema argentino en los términos de progreso o atraso. Así la modernidad en la era global dejaba para la historia las vetustas consignas de liberación o dependencia, imperialismo o nación y estado proteccionista propias del peronismo. El viejo enemigo imperialista, los Estados Unidos, se convirtió en la referencia central de la nueva política exterior, al punto de apoyar a ese país en la guerra del Golfo, en 1991. Desde este lugar Menem se propuso sacar a la Argentina del atraso en el cual se encontraba.

Siguiendo la tradición del líder fundador, dotó su jefatura de un tono personalista que lo colocaba en calidad de jefe indiscutido del movimiento, aún antes de vencer en las elecciones presidenciales. No resultando suficiente su doble capital original, vencedor en las competencias interna y general, cuando el partido se opuso, apeló a la opinión pública para llevar adelante su modelo de cambio, presentando sus iniciativas como las necesidades de la sociedad a las cuales se oponía la clase política. Así mientras su pertenencia peronista legitimaba *per se* su gestión ante las clases populares, su política económica le brindó el apoyo de amplias franjas de las capas medias y lo habilitó frente al establishment. El éxito de su plan, fundado en la convertibilidad (un peso = un dólar) y cuyo autor fue su ministro de economía Domingo Cavallo, le devolvió la estabilidad económica a la Argentina luego de varias décadas de inflación. Menem encarnó, entonces, la política misma, ubicándose como el mediador entre el poder económico y la sociedad al transformar las necesidades y las demandas de todos los sectores en políticas de estado. Más todavía, la puja distributiva se diluyó y la Argentina, repentinamente, pasó de los días agitados de Alfonsín a una calma social producto del consenso. Se ha dicho que las fronteras donde transcurría la confrontación social se volvieron borrosas en tanto el interés de los sectores había cedido paso al interés nacional

De este modo logró una absoluta subordinación de las fuerzas armadas al poder ejecutivo. Si Alfonsín, primero las desprestigió definitivamente para seguir interviniendo en política al iniciarles juicio por los crímenes cometidos bajo la última dictadura, hecho que pasó a la historia con el libro *Nunca Más* convertido en la consigna ética de la política, y luego decidió castigar sólo a los máximos responsables, al amparo de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, Menem les concedió el indulto. Sin embargo, también recortó su presupuesto y eliminó el servicio militar obligatorio. Condujo con mano férrea al sindicalismo, que mudo vio pasar ante sus ojos la privatización de las empresas estatales. Por este camino, Menem continuó la tradición iniciada por el anciano caudillo, donde el presidente de la nación era el jefe del justicialismo que subordina el partido, los sindicatos y las fuerzas armadas a su voluntad.

Pero al igual que Perón, Menem deseaba perdurar en el poder y la única manera de lograrlo era modificando la Constitución nacional, que lo prohibía. Por lo tanto, emulando a su maestro, que había reformado la Carta Magna en 1949, Menem lo hizo en 1994. En

1993 llevó a cabo con, la oposición radical, el Pacto de Olivos, por el cual se acordó una reforma constitucional cuya motivación central la constituía la habilitación por un segundo período de cuatro años, en vez de uno de seis, y por el voto directo en vez del Colegio Electoral, para la designación del presidente. Pero el triunfo de Menem necesitaba además de la autorización constitucional, los votos. En este sentido, ya Menem había pensado cómo y dónde conseguirlos. Veamos.

En su estrategia resultó crucial el lugar que diseñó para el entonces vicepresidente de la nación Eduardo Duhalde, quien lo había acompañado en la fórmula que ganó la presidencia en 1989. Para las elecciones legislativas y a gobernador en 1991, Menem le propuso la candidatura a gobernador por Buenos Aires, a cambio de cuantiosos recursos para ser destinados a obras públicas (que luego se concretó en el Fondo de Reparación Histórica del Conurbano Bonaerense), con la promesa de ser su sucesor a la presidencia. El triunfo de Duhalde a la gobernación y el de Menem en las legislativas de 1991 dieron aliento al presidente para continuar su plan de perdurar y continuar acumulando poder.²⁰

Sobrevino entonces el paso siguiente. A la reforma de la constitución nacional acompañó la reforma de la constitución del estado de Buenos Aires, para modificar el período del ejecutivo provincial, que también podría ser reelecto por cuatro años (en vez de seis sin reelección). Sucede así que las elecciones a presidente y gobernador del año 1995 habrán de encontrar a ambos mandatarios, nacional y provincial, ante su reelección. La estabilidad económica, que había traído alivio a los bolsillos de los argentinos, hacía mirar para otro lado a un número importante de ciudadanos, frente a las denuncias de corrupción, que tanto la prensa como una nueva fuerza política, el Frepaso (Frente para un país solidario), advertían a la opinión pública. Sin embargo, las reelecciones de Menem a la presidencia y de Duhalde a la gobernación sellaron, en 1995, el último acto de unidad. A partir de allí se desataría una disputa que duraría más de una década.

El segundo mandato de Menem (1995-1999) perdió las luces que habían iluminado, a los ojos de la ciudadanía, al primero. Si bien la estabilidad económica seguía siendo un bien apreciado por el conjunto de la sociedad, los altos índices de desocupación (que llegaron al 18%), de empleo informal y de aumento de la pobreza, junto a los turbios manejos de los fondos públicos (plagados de denuncias por corrupción y de escándalos mediáticos) fortaleció la incipiente oposición, el Frepaso, formada por ex peronistas, socialistas, demócratas cristianos, radicales e intransigentes.²¹ Así el 37% de los votos obtenidos por el menemismo en las legislativas de 1997 revelaron que el peronismo lo apoyaba pero había perdido aliados de los sectores medios y altos. Con su liderazgo debilitado en la sociedad, el riojano comandó sus dos últimos años en el gobierno. Mientras tanto, la oposición había logrado unirse en una Alianza conformada por la UCR y el Frepaso que logró imponerse en las elecciones de 1999, consagrando presidente a Fernando de la Rúa.

²⁰ El gobernador de la provincia hasta ese momento era Cafiero, un opositor a Menem.

²¹ Para un análisis de los escándalos mediáticos del menemismo, Waisbord (2002)

IV.- LA DISPUTA SUCESORIA Y EL LIDERAZGO DE TRANSICIÓN (1999-2003)

La disputa sucesoria enfrentó a Menem con Duhalde, cuando la reticencia del primero para nombrarlo heredero, llevó al segundo a lanzar su candidatura presidencial.²² La confrontación comenzó, bajo el segundo mandato de Menem, cuando éste tensionó el sistema político en pos de un tercer período, lo cual estaba prohibido por la Constitución. Ante su insistencia, Duhalde se vio obligado a contrarrestar sus acciones. Esta actividad le consumió más tiempo que el enfrentamiento con su mayor adversario, el candidato de la Alianza opositora, Fernando De la Rúa. Duhalde nunca descubrió -durante su campaña- el punto exacto entre la identificación y el rechazo con la obra menemista. Así Duhalde, verdadero artífice del fracaso de la re-reelección, jamás recogió los frutos de esa victoria. Balbuceó, se contradijo y pronunció ambigüedades fruto de su pertenencia al oficialismo, con lo cual Menem terminó “delimitando la cancha” en la que el aspirante a presidente jugaba. Sin embargo, en medio del vendaval, el caudillo bonaerense defendió su bastión político, la gobernación de la provincia de Buenos Aires, donde ganó su candidato, Carlos Ruckauf.

En diciembre de 2001, una medida económica, llamada popularmente *corralito*, que impedía a los ahorristas retirar dinero de sus cuentas bancarias, desató la furia de las clases medias y altas contra la administración aliancista. Al son del repicar de las cacerolas – señal de su descontento-- se sumaron sectores del peronismo bonaerense, cobijados bajo el ala de Duhalde y Ruckauf, saqueando supermercados.²³ Ambas protestas acabaron en la renuncia de De la Rúa.²⁴ Dado el fracaso del gobierno de la Alianza, el sucesor saldría del peronismo. Pero para ello el PJ debía superar la fragmentación que lo atravesaba, expresada en ocho aspirantes a la Casa Rosada (E. Duhalde, R. Puerta, C. Ruckauf, J. De la Sota, C. Reuteman, C. Menem, N. Kirchner y A. Rodríguez Saá).

Luego que diferentes justicialistas se hiciesen cargo de la presidencia por unos días, Eduardo Duhalde, entonces senador nacional, logró armar una coalición parlamentaria con la oposición en vistas a cumplir el plazo presidencial, en calidad de jefe de estado provisional, hasta diciembre de 2003. Su predecesor, Adolfo Rodríguez Saá, en una semana declaró el fin de la convertibilidad y el *default* de la deuda externa, lo cual dio pie a Duhalde para proponer un nuevo modelo económico. Sabiendo que las circunstancias no alcanzaban para convertirlo en el nuevo conductor del movimiento, pues no había sido electo por el voto popular y los aspirantes peronistas sobraban, se aprestó a construir un liderazgo de transición. Ello fue posible debido a una ventaja que computaba a su favor, poseer el mayor poder territorial e institucional del peronismo que a su vez le daba influencia en el conurbano bonaerense, un ámbito clave para garantizar la gobernabilidad, como lo demostraron los saqueos del 2001.

El presidente provisional apeló a una gestión consensuada con otros jefes de su partido y algunos de la coalición saliente, dando visibilidad a la mesa del diálogo social

²² Para esta etapa de la disputa entre Menem y Duhalde, Ollier (2001).

²³ Así lo demuestra Auyero (2007).

²⁴ Un análisis de la crisis, Ollier (2003).

presidida por la Iglesia Católica, reuniéndose con las fuerzas armadas, recibiendo a los piqueteros –organizaciones populares de desocupados– y sosteniendo encuentros con dirigentes de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) que no respondía al peronismo oficial. Pero las principales fuentes de tensiones políticas provinieron de las ambiciones presidenciales de Menem y de varios gobernadores justicialistas. El primero utilizó todos los recursos disponibles para entorpecer la tarea del nuevo presidente. En cuanto a los segundos, los conflictos giraron en torno a dos temas básicos: el cronograma electoral –que ponía en juego el poder político de los mandamás provinciales– y la coparticipación federal –que implicaba las cuotas de poder económico de cada provincia, es decir, los fondos recibidos desde la administración nacional. De ahí que si bien ambos temas fueron conflictivos para el ejecutivo, el cronograma y la coparticipación constituyeron, a su vez, las herramientas para disciplinar a los caudillos provinciales.

Duhalde comprendió que tenía un solo camino para liderar la transición y frenar las ambiciones presidenciales de Menem: alentar las expectativas de los gobernadores para el próximo turno electoral. Al principio los caudillos se negaban a reducir el déficit fiscal en sus provincias, en tanto implicaba una disminución del gasto público, pero finalmente se llegó a la firma de un acuerdo, en mayo de 2002, que si bien contenía una declaración de reconocimiento hacia el gobierno, también solicitaba adelantar la convocatoria a elecciones. La resistencia a la propuesta financiera por parte de los jefes justicialistas había conducido a la renuncia del ministro de economía. Su sucesor, Roberto Lavagna, cambió el diagnóstico, minimizando el impacto del déficit fiscal en la crisis. Música para los oídos de los gobernadores justicialistas pues habría fondos para sus provincias. Pero el ministro sumaba otro capital: era un hombre cercano al sindicalismo y esto no configuraba un dato menor frente a la fragmentación partidaria al brindarle el apoyo de un sector poderoso.

No obstante la inestabilidad todavía desafiaba al presidente, en tanto la movilización callejera no cesaba. El PJ se encontraba en mejores condiciones de dominar la protesta de los sectores populares, básicamente del conurbano bonaerense, pero no controlaba a los piqueteros. En cuanto a las nuevas maneras de auto-convocarse de la clase media, –incluso a través de Internet– resultaba al gobierno difícil de neutralizar. El ejecutivo contuvo a los sectores bajos mediante gestos capaces de condensar palabras y acciones políticas. En enero, una marcha masiva llevó a Duhalde a declarar que sino fuese presidente sería piquetero y a sostener una reunión con algunos de sus jefes del movimiento y con dirigentes de la CTA. A su vez el gobierno se dio una importante política social a través del Plan Jefes y Jefas de Hogar destinada a satisfacer las necesidades más elementales de los sectores indigentes.²⁵

Sin embargo, ni los gestos ni las medidas concretas tomadas resultaron suficientes para frenar la protesta. El 26 de junio de 2002, en una manifestación en el puente Avellaneda, fueron asesinados por la policía dos piqueteros, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. Como respuesta el presidente adelantó seis meses el cronograma electoral, tal como reclamaban los gobernadores peronistas y puso todo su empeño en impedir que Menem se transforme en el candidato justicialista a la presidencia. Esta contienda al mantener la esperanza de suceder a Menem, llevó a varios jefes provinciales a ligar su destino al éxito político de la transición encabezada por Duhalde.

²⁵ Para un análisis del plan, Calvi y Zibecchi (2004).

El camino para la selección del aspirante presidencial encontró a Menem y a Duhalde con ventajas diferentes. El primero contaba a su favor la posibilidad de vencer en la competencia interna. Sin embargo, el alto índice negativo de su figura lo tornaba un postulante con menores chances de ganar las elecciones generales. Duhalde computaba su mayor poder dentro del Congreso del Partido Justicialista y el control de los recursos del estado. Sin embargo, para derrotar al ex presidente necesitaba que se cumpliesen tres condiciones: conseguir un aspirante presidencial de peso, encolumnar a buena parte del justicialismo detrás del mismo y mantener el dominio del PJ bonaerense. Si bien la última se cumplió las otras tuvieron que ser reformulada en el camino.

En principio Duhalde protagonizó dos victorias sobre su adversario: impuso sus reglas para la selección del candidato y firmó un acuerdo de doce puntos con la mayoría de los gobernadores peronistas (excepto La Rioja, Salta, San Luis). Este último reafirmó su autoridad para continuar las negociaciones con el FMI. Frente al poder que conservaba el caudillo riojano (posible ganador de la competencia interna y líder del 40 % de la estructura partidaria) asomó en el horizonte una alternativa, que el congreso justicialista nombrase al aspirante presidencial en reemplazo de la competencia partidaria. Pues, por ley, los partidos debían convocar a elecciones internas abiertas simultáneas para elegir su pretendiente a la presidencia. Merced a su alianza parlamentaria con la UCR, Duhalde consiguió que se vote la suspensión de ley y que, por única vez, cada partido recurriese al método más conveniente para seleccionar al postulante. El PJ reunió entonces su congreso partidario y habilitó a tres candidatos, Néstor Kirchner, propuesto por Duhalde, C. Menem y A. Rodríguez Saá. Con escasos 22% de los votos, el primero alcanzó la presidencia, al retirarse Menem del ballotage, pues había ganado la primera vuelta con el 24% de sufragios. La segura derrota en la segunda vuelta, por la conformación de un frente contra él, hizo retirar a Menem.

En suma, Duhalde no logró ser el heredero de Menem y perdió las elecciones presidenciales de 1999. Sin embargo, la crisis desatada por la renuncia de De la Rúa le dio una oportunidad de vengarse de quien se había constituido en el principal obstáculo a su carrera hacia la presidencia y a quien debía, en parte, su derrota. Habiendo logrado la nominación en la Asamblea Legislativa como presidente provisional, logró cambiar las reglas sucesorias e impedir que Menem sea el único postulante del PJ. Con esa maniobra le propinó a su antiguo jefe político el golpe que lo debilitó para siempre en la arena política argentina. De ese modo, con los votos que pudo recolectar en su provincia impuso a su sucesor.

V.- EL PERONISMO NEO POPULISTA: NÉSTOR KIRCHNER (2003-2007)

Los dos primeros años resultaron claves en la gestión de Néstor Kirchner, pues encaró exitosamente la construcción de su liderazgo al frente del PJ y del país. Para ello confluieron el lugar del líder en la tradición peronista y la forma que manejó su condición de llegada a la presidencia, signada por la caída abrupta del gobierno de la Alianza en diciembre de 2001, la transición en manos de Duhalde, la irresuelta sucesión peronista y la dispersión del campo opositor. Sobre estas circunstancias afrontó el re-armado del país post-reformas estructurales, post-convertibilidad y post-default desde una clara posición de

desventaja política, en tanto su bajo caudal electoral arriesgaba dejarlo prisionero de su mentor, Eduardo Duhalde.

Conciente del estado de la economía, demostrada en la continuidad del ministro de economía, Kirchner asumía debiendo enfrentar, ese año, elecciones legislativas. Por lo tanto encaró la resolución de la emergencia económica y del año electoral dispuesto a convertirse en un presidente fuerte, decidido a imprimirle un sello fundacional a su gestión. Para ello, al igual que Menem, apeló al favor de la opinión pública, en este caso para desacelerar la protesta social, ganar la confianza ciudadana y construir su poder. Logró estas metas a partir de dar la imagen de un presidente (hiper) activo, trabajador, siempre dispuesto a resolver problemas, pragmático (que se reunía con Fidel Castro y con Colin Powell), que acudía allí donde el conflicto estallaba, un *outsider* desinteresado por las cuestiones partidarias y crítico de los años 90's. Esto último le permitía diferenciarse del pasado menemista, pero también de Duhalde

En esa línea y para contrarrestar la presencia del peronismo se alió con restos del Frepaso, denominando a su nuevo armado político "transversalidad". Este le confería una impronta generacional a su gestión, al aparecer referenciado en la rebelde década del setenta y cercano a una generación identificada con la cárcel, la tortura y los desaparecidos. Su nueva colocación ideológico-política, que prefería por una historia personal y por necesidad política ---pues el espacio de la derecha estaba sobresaturado en el peronismo-- le facilitaba, además, la competencia con Elisa Carrió, la líder más reconocida del centro-izquierda. También lo aprovechaba para ocultar su pasado menemista y dar cuenta de la renovación pedida por la ciudadanía, que al grito "que se vayan todos", acabó en la renuncia de De la Rúa.

Su modo de construcción y ejercicio del poder basado en la confrontación y extremadamente personalizado completaron su imagen y configuraron la marca de su paso por el estado. Celoso de sus atribuciones, Kirchner concentraba la resolución final de los problemas. Su discurso de enfrentamiento con los poderosos (medios, empresarios, organismos multilaterales) sintonizó bien con el populismo argentino engordado por la bonanza económica. La estrategia resultó sumamente exitosa en términos de popularidad, pese a que el presidente nunca dio conferencias de prensa, que fueron reemplazadas por su aparición en la televisión, detrás de un atril, anunciando obra pública frente a audiencias populares en diferentes puntos del país.

En cuanto a su relación con los otros poderes del Estado, Kirchner se ocupó, igual que Perón y Menem, de subordinarlos a su voluntad o neutralizarlos según los casos. En relación a la Corte Suprema, dada la adhesión al menemismo de varios de sus miembros (la denominada "mayoría automática"), el presidente los amenazó con llevarlos a juicio político. Al renunciar dieron paso a la renovación del tribunal, lo cual le valió la adhesión ciudadana, al tiempo que lo libró de un poder judicial cercano al adversario interno en el peronismo. Sin embargo, la nueva Corte, indudablemente independiente, no produjo un solo fallo en contra de la voluntad del presidente en sus cuatro años de gobierno. En el Parlamento frente a las elecciones legislativas del 2003 y de renovación de los gobernadores en varias provincias, el ejecutivo ubicó a sus seguidores en las listas a diputados de los diferentes distritos; una oportunidad para volcar el equilibrio de poder interno del peronismo a su favor y contar con diputados suyos en el Congreso.

En la Cámara Baja el problema era el poder del duhaldismo.²⁶ Antes con Menem ahora con Kirchner, Duhalde volvía a aparecer como el contrincante principal en la disputa interna peronista. Sólo que en esta ocasión, ambos caciques poseían acuerdos; pues si bien el presidente capitalizó a su favor el desprestigio de la política a partir de ignorarla y combatirla discursivamente, sin embargo su primer gabinete respetó la coalición que lo llevó al gobierno, es decir, el duhaldismo. Además los dos coincidían en mantener la política económica, simbolizada en la continuidad del ministro de economía, sostener la estabilidad presidencial y debilitar el poder de Menem.

Sin embargo, las divergencias no fueron menores: Duhalde rechazó kirchneristas en sus listas a legisladores nacionales por su provincia y el presidente apoyó a los piqueteros en la distribución de los planes sociales, mientras Duhalde prefería beneficiar a sus seguidores, los intendentes bonaerenses. Otra desavenencia importante se vinculó al justicialismo. Kirchner se negó: 1) a aceptar la presidencia del partido, 2) a recibir a los legisladores y a los gobernadores peronistas durante el primer año de gobierno (aunque lo visitaban los piqueteros y las madres de Plaza de Mayo), 3) a invitar a los dirigentes peronistas al acto donde anunció el museo de la memoria en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), predio emblemático de los campos de concentración durante la última dictadura y 4) a reconocer el Congreso peronista que debía nombrar las autoridades partidarias porque consideró que su mujer había sido maltratada. Este último incidente reveló las disputas entre el presidente y su partido y abrió las puertas a otra encarnada por Kirchner, con los trasversales y los piqueteros oficialistas comandados por D'Elia por un lado, y Duhalde con el PJ, por el otro.

El segundo año profundizó la estrategia de enfrentamiento con el peronismo y con Duhalde, evidenciando que la gobernabilidad no dependía de su relación con el líder bonaerense. En este marco, pronunció un discurso contra el justicialismo de Buenos Aires acusándolo de pretender destinar parte de su dinero al funcionamiento de la burocracia política de la provincia.²⁷ Curiosamente, esta arremetida marcó el fin de la estrategia de confrontación con la política tradicional, incluido su partido. Pues se acercaba la hora de enfrentar problemas económicos y sociales claves, como la renegociación de la deuda externa y Kirchner necesitaba al peronismo unido detrás de sí.

El FMI puso cuatro condiciones complementarias, para normalizar la economía. Ellas debían cumplirse escalonadamente: salir del *default*, cerrar un acuerdo con los acreedores privados, incrementar el superávit fiscal y sostener el crecimiento en base a inversiones. La última precisaba de la confianza de los inversores que sólo era recuperable si la Argentina respetaba los compromisos internacionales.²⁸ Con las demandas del Fondo

²⁶ De las cuarenta y seis comisiones que integran la Cámara Baja, treinta y tres se encontraban comandadas por el justicialismo; de ellas el duhaldismo contaba con nueve presidencias (defensa, justicia, finanzas, industria, trabajo, familia y minoridad, energía, obras públicas y asuntos municipales) y otras nueve vicepresidencias. A su vez, el presidente del Parlamento y el presidente del bloque justicialista de diputados eran duhaldistas. Para completar el duhaldismo sumaba 38 diputados nacionales. Datos extraídos de Ollier (2004).

²⁷ *Clarín*, 10/5/2004.

²⁸ El FMI continuó reclamando la segunda condición, con lo cual dejaba sujeto a la definición de una estrategia para los acreedores que quedaron fuera del canje un futuro acuerdo entre el organismo y el gobierno argentino. *Clarín*, 29/3/2005.

pendientes, emergió el problema de la inflación. Una diferencia asomó entre el organismo y el equipo económico a propósito de cómo combatirla: mientras aquél creía necesario profundizar el ajuste fiscal, el segundo -- al considerarla un fenómeno transitorio -- apostaba a controlarla vía los acuerdos de precios.²⁹ Pero la ejecución del plan oficial requería la intervención del gobierno y un acuerdo con las empresas. De ahí que en este marco de problemas, requerimientos y necesidades se enmarcaron los cambios en el discurso de Kirchner la última semana de mayo de 2005, cuando dejó de fustigar al Fondo Monetario. Lamentó la caída en el *default*, prometió no llevar al país a un camino sin retorno en las negociaciones con el FMI y reconoció la existencia de una deuda contingente con los bonistas extranjeros, que iba a ser atendida en el futuro.³⁰ Faltando pocos meses para las elecciones legislativas de 2005, Kirchner enviaba una señal positiva hacia el organismo sin arriesgar su manejo de los recursos necesarios para la campaña.

Como parte de su nueva estrategia, hacia la segunda parte del año 2004, Kirchner había comenzado la reconciliación con el partido peronista, estrechando vínculos con sus principales dirigentes, entre ellos los gobernadores. Los dos temas que dictaron sus pasos fueron, desde lo económico, las condiciones planteadas por las negociaciones con el FMI y desde lo político, el año electoral que se avecinaba. Si en relación al primero resultaba importante el frente doméstico unido ante la presión internacional, el segundo precisaba del apoyo peronista. La reconciliación apuntaba a lograr que los kirchneristas ocupen posiciones en las listas de candidatos a legisladores pues, excepto Santa Cruz, Kirchner no los poseía en ninguna provincia. Por lo tanto, como el presidente necesitaba a los suyos en el Congreso y los gobernadores precisaban anuncios de obras públicas en sus territorios, el jefe de Estado decidió profundizar el reparto de fondos para tales fines. Los mandatarios aliados, entre los cuales se contaban cuatro gobernadores radicales, resultaron más numerosos que los adversarios.

El "operativo unidad" tuvo su correlato en las relaciones del ejecutivo con el legislativo, donde fue aprobada, luego de varias discusiones, la ley de Responsabilidad Fiscal, una exigencia del FMI al gobierno, que imponía límites al gasto y al endeudamiento de las provincias.³¹ El año 2004 cerró con el Congreso delegando al Poder Ejecutivo los polémicos superpoderes que le permitían reasignar todas las partidas presupuestarias, mantener el control sobre el mercado de cambios y renegociar con las empresas privatizadas sin intervención del Parlamento. Por este camino se acabaron las tensiones del presidente con el congreso, que prácticamente dejó de funcionar hasta el final del mandato. El uso de decretos de necesidad y urgencia por parte del Ejecutivo evitó el debate parlamentario.³² De este modo, el jefe de estado quedó liberado de contrapesos institucionales para implementar sus políticas.

Al resultar victorioso en las legislativas de 2005, Kirchner contó con la legitimación que le negaron las urnas en 2003. En esta segunda estrategia Kirchner promovió la unidad

²⁹ *Clarín*, 2/4/2005.

³⁰ *Clarín*, 29/5/2005.

³¹ El caso probó cuán desaconsejable resultaba confrontar con Duhalde, quien en el episodio reveló la fortaleza de su vínculo con el ministro de economía, al apoyar la ley.

³² Desde que asumió Kirchner envió al congreso 306 mensajes, de los cuales 166 fueron decretos. En la cámara baja de los 142 decretos, 95 fueron de necesidad y urgencia; *La Nación* 24/5/2005.

del PJ y le dio el tiro de gracia al poder de Duhalde en la provincia más poderosa de Argentina. La disputa estalló a partir de la confección de las listas a senadores y diputados nacionales por la provincia de Buenos Aires. El presidente decidió la candidatura de Cristina Kirchner a la senaduría, lugar que el duhaldismo había reservado para Hilda Duhalde, al tiempo que pretendió nominar a los aspirantes del PJ a diputados nacionales, donde Duhalde deseaba conservar esa potestad.³³ Una serie de escaramuzas entre ambos terminaron con la partición del justicialismo bonaerense. El saldo trajo pocos perdedores. Pese a la derrota sufrida por Hilda Duhalde a manos de Cristina Kirchner, ambos peronismos triunfaron, pues de las tres bancas en juego, el Frente para la Victoria, nombre electoral del kirchnerismo, obtuvo dos por la mayoría y el peronismo tradicional logró una por la minoría. En cuanto a los diputados ambas listas lograron sentar en la Cámara Baja varios de sus integrantes.

Desde la dimensión social, Kirchner debió enfrentar, ni bien asumió el gobierno, la situación de insubordinación civil, aunque menos acuciante, iniciada con la caída de De la Rúa en 2001. La inseguridad producía reclamos crecientes por parte de la clase media, que encontró en el padre de Axel Blumberg (un joven asesinado durante el rescate de su secuestro) su exponente público más exitoso. A esta movilización se sumaban los disturbios públicos ocasionados en las calles y en las rutas por las demandas piqueteras. Entre el 25 y el 29 de junio de 2004 ocurrieron cuatro ataques y tomas de comisarías, que advertían sobre una ola de violencia en respuesta a la falta de seguridad y que acabó en una crisis de gabinete, cuando tras el incendio de la legislatura de la ciudad de Buenos Aires renunció el ministro de justicia, bajo cuya órbita se encontraba la policía. Esta salida reforzó la línea de sumar justicialistas al gobierno.³⁴

El ejecutivo también se alzó con un clásico instrumento de control social, los tradicionales sindicatos peronistas. A mediados de julio de 2004, la unificación de la CGT, con Hugo Moyano, el jefe de los camioneros, a la cabeza, formó parte de la recomposición del campo justicialista.³⁵ El gobierno y la CGT apostaron a un pacto social –adaptado a los tiempos post-reformas- que sirvió como contención mutua. Prueba de ello fue el aumento de las asignaciones familiares. Así el protagonismo gremial giró en torno a dos ejes: la búsqueda de unidad y la conducción de las huelgas. Por un lado adquirió su propia dinámica centrada en la redistribución del ingreso. Por el otro, mantuvo acotados los reclamos que hacia diciembre de 2004 habían retornado con virulencia al escenario social.

La concentración de poder en manos presidenciales, su legitimidad ante la opinión pública y la disciplina peronista, incluida ahora la sindical, resultaron favorecidas por la marcha de la economía, cuyas dificultades se hallaban en camino de resolución cuando Kirchner asumió la presidencia. De ahí la falta de razón, más allá de la lógica de concentrar poder, para aprobar nuevamente en el Congreso, en 2006, poderes extraordinarios para el

³³ *La Nación*, 29/5/2005.

³⁴ Al mismo tiempo, la división de los piqueteros entre blandos –aliados- y duros –autónomos del gobierno- llevó al grupo oficialista a ubicarse como una fuerza de choque presidencial al bloquear las estaciones de servicio de la empresa Shell, luego del boicot declarado por el presidente a la compañía.

³⁵ *Clarín*, 14/7/2004. La conducción la integraron H. Moyano, José Luis Lingieri (ex menemista) y Susana Rueda, *Clarín*, 18/7/2004.

ejecutivo (los llamados “superpoderes”). Resultaba así que la bonanza económica hacía tolerar los costados oscuros del gobierno, incluidos los escándalos por corrupción que jamás perjudicaron la popularidad presidencial. Desde el inicio del mandato la oposición demandó el retorno del dinero que Kirchner, siendo gobernador de Santa Cruz, había sacado de la Argentina y colocado en un banco extranjero. A partir de allí, varios escándalos involucraron a altos funcionarios cercanos al presidente, sin alcanzarlo a él. Sobre todo, cuando una bolsa conteniendo dinero fue hallada escondida en el baño privado de la ministra de economía. Felisa Miccelli renunció luego de ocupar varios días las primeras planas de los diarios y los noticieros televisivos y radiales.

Estos acontecimientos, sumados a otros, en parte se vieron opacados por la política de derechos humanos que anuló las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, las cuales habían puesto fin a los juicios contra los represores de la última dictadura. Su anulación retomó el sendero de la justicia y castigo a los culpables reclamado por los organismos de derechos humanos. A su vez, el gobierno llevó a cabo una política de cooptación de buena parte de ellos, que mereció severas críticas.

Parte de una oposición débil terminó aliada con el presidente. Esperanzado, quizás, con volver a triunfar en el 2011, Kirchner renunció a su derecho a ser reelegido ofreciendo la sucesión, en 2007, a su mujer. A diferencia de la candidatura de su esposo en 2003, Cristina Kirchner aglutinó detrás suyo a la casi totalidad del poderoso conglomerado peronista (el PJ oficial de Jujuy, Tucumán, Chaco, Formosa, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, San Juan, Santa Fe, Buenos Aires, Ciudad Autónoma, La Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego, La Rioja, Santiago del Estero, Catamarca y Misiones), a cinco gobernadores radicales, a fragmentos del socialismo y del frepasisimo y a los gremios (la CGT en pleno y parte de la CTA). Fuera del dispositivo kirchnerista sólo quedaron algunos dirigentes justicialistas del interior centro-norteño y de la provincia de Buenos Aires. Las victorias de la oposición en las gobernaciones de Tierra del Fuego, de Santa Fe y de la Ciudad Autónoma, al provenir de distintas alternativas políticas, carecieron de cualquier posibilidad de articular un único contrincante capaz de enfrentar al gobierno con alguna chance de triunfar.

En suma, Kirchner alcanzó la Casa Rosada siendo un presidente débil y en medio de un justicialismo fragmentado. En poco tiempo se fortaleció en una alianza con la opinión pública, a la cual no sólo le siguió brindando la prosperidad económica, cuyos pilares había sentado Duhalde, sino que le dirigió una serie de gestos que le facilitaron su apoyo. Desde allí le llegó la hora de volver a los desprestigiados sindicalistas y políticos peronistas para enfrentar los compromisos internacionales y caminar luego rumbo a la presidencia del justicialismo. La imbricación entre presidente de la república y jefe partidario propia de la tradición peronista le allanaron el camino. Pues pese a los desplantes que les hizo a los suyos, éstos estuvieron casi siempre dispuestos a jurarle lealtad mientras fuese presidente.

REFLEXIONES FINALES

El peronismo en el gobierno, entre 1973 y 1976, encerraba proyectos atravesados por el paradigma Amigo/Enemigo que ni siquiera tomaban la forma propia de la democracia encarnada en oficialismo y oposición. La muerte de su jefe desató la pugna de facciones que dejaba traslucir cuánto se había debilitado su liderazgo en el exilio y cómo su muerte ligaba la cuestión del liderazgo a la sucesión. Ese lugar jamás lo pudo ocupar ni su viuda ni ningún otro dirigente, en tanto el viejo caudillo no dejó herederos pues sabía que el poder no se transmite, se conquista en la lucha política.

Después de 1983, el justicialismo ensayó otro esquema, cuya base fue la renovación peronista encaminada a un solo objetivo: la instalación de un nuevo liderazgo. Luego de llegar a la presidencia doblemente legitimado, por la competencia intra partidaria y la elección que lo consagró primer mandatario, Menem supo cubrir esa expectativa al emular el estilo de liderazgo de Perón, controlando el partido, el sindicalismo, las fuerzas armadas, el parlamento y la corte suprema, Por eso el fin de su segundo mandato implicó el de su liderazgo al frente del movimiento. Nuevamente las facciones, esta vez encarnadas en los gobernadores (los liderazgos provinciales), comenzaron su disputa bajo la transición duhaldista; cada uno encerraba la ilusión de convertirse en el nuevo mandamás de la herencia peronista. Así el justicialismo transcurrió desde el neoliberalismo más ortodoxo, alineado con los Estados Unidos, hasta el neo populismo promovido por Duhalde y por Kirchner. Cada diseño económico tuvo un líder que lo encarnó.

El corte de 1983 no logró, en cambio, modificar la concepción del liderazgo peronista, la imbricación entre presidente de la nación y jefe partidario (formal o informal) propia de la fuerza y la subordinación a su voluntad de los otros poderes del estado y de importantes instituciones. De esa marca fueron tributarios tanto Menem como Kirchner. El personalismo, la concentración de las decisiones en el poder ejecutivo, la dependencia del Parlamento, el desinterés por apostar a reglas de juego estables, la ausencia de autonomía financiera de las provincias y su subordinación a la voluntad del primer mandatario son todos rasgos que contribuyeron a consolidar dos presidentes peronistas fuertes a costa del federalismo, de la república y de la calidad institucional.

BIBLIOGRAFÍA

- Amaral, Samuel y Mariano Plotkin (compiladores) (2005), *Perón: del exilio al poder*. EDUNTREF, Editorial de la Universidad de Tres de Febrero, Segunda Edición.
- Arias, María Fernanda (2004). "Institucionalización partidaria en el justicialismo: la corriente renovadora" en *Revista SAAP*, Vol 1, No 3, Buenos Aires (489-513).
- (2002). *Carisma y Poder. El ascenso del Carlos Saúl Menem a la presidencia de la Argentina (1983-1989)*, TEMAS, Buenos Aires.
- Buchrucker, Cristián (1986). *Nacionalismo y Peronismo La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Cavarozzi, Marcelo y J. M. Abal Medina (comp.) (2002) *El asedio a la política Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Homo Sapiens Ed. Buenos Aires.
- De Ipola, Emilio (1987. "La difícil apuesta del peronismo democrático" en José Nun y Juan Carlos Portantiero (comp.) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Puntosur, (333-375).
- Fabbrini, Sergio (1999). *Il Principe democratico La leadership nelle democrazie contemporanee*, Ed Laterza, Roma-Bari.
- Gillespie, Richard (1988). *Montoneros, Soldados de Perón*, Grijalbo, Buenos Aires.
- Gutiérrez, Ricardo (2003). "Peronismo y democracia entre 1983 y 1995", en *Política y Gestión*, volumen 5, Buenos Aires.
- James, Daniel (1990) *Resistencia e Integración*, El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Levitsky, Steven (2003). *Transforming Labor-Based Parties in Latin America Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press, UK.
- Linz, Juan J. (1990) "Perils of Presidentialism", *Journal of Democracy* Vol 1, No 1 (Winter). (51-69).
- Luna, Felix (1973). *El 45*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- McGuire, James (1997). *Peronism without Peron Unions, Parties and Democracy in Argentina*, Stanford University Press, Stanford, California.
- Mainwaring, Scott and Matthew Soberg Shugart (comp.) (2002) *Presidencialismo y democracia en América Latina*. Paidós, Buenos Aires.
- Mckinnon, Moira (2002). *Los años formativos del partido peronista*. Instituto Di Tella-Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Moyano, María José (1995). *Argentina's Lost Patrol, Armed Struggle, 1969-1979*, Yale University Press, New Haven and London.
- O'Donnell, Guillermo, Philippe Schmitter and Lawrence Whitehead (1994). *Transiciones desde un gobierno autoritario. Perspectivas Comparadas*. Ed. Paidós, España.
- O'Donnell, Guillermo (1994). "Delegative Democracy". *Journal of Democracy* Vol 45 no 1.

- Ollier, María Matilde (en prensa). *La vigilia de los sueños.. Privado, público y político en los cambios de la identidad revolucionaria*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- (2008). "Liderazgo y peronismo: una discusión abierta", Seminario Internacional, *Perón y Vargas: aproximaciones y perspectivas*, Universidad de Tres de Febrero y Universidad de San Pablo, Memorial de América Latina, San Pablo, 2-4 de abril.
- (2006). "Más allá del presidencialismo y el parlamentarismo", en Post Data, Revista de Reflexión y Análisis Político, No 11, Buenos Aires.
- (2004) "Hacia un patrón argentino de inestabilidad presidencial", *Estudios Sociales*, No 27, año XIV, segundo semestre, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina.
- (2003). "Argentina: Up a Blind Alley Once Again", *Bulletin of Latin America Research*, 22 (2)
- (2001). *La Coaliciones Políticas en la Argentina*. El caso de la Alianza, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- (1998). *La creencia y la pasión*. Ariel, Buenos Aires.
- (1989). *Orden, Poder y Violencia (1968-1973)*, T 1 y 2. CEAL, Buenos Aires. Reedición (2005) *Golpe o Revolución La violencia legitimada*. EDUNTREF, Buenos Aires.
- (1986) *El fenómeno insurreccional y la cultura política*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Palermo, Vicente y Marcos Novaro (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*, Norma, Buenos Aires.
- Panebianco, Angelo (1990). *Modelos de Partido*. Ed Alianza, Madrid, España.
- Plotkin, Mariano (2007). *Mañana es San Perón*, Untref, Buenos Aires.
- Quiroga, Hugo (1994). *"El tiempo del 'proceso'. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983"*. Rosario, Editorial Fundación Ross.
- Rouquié, Alain (1982). *Poder militar y sociedad política en la Argentina (1943-1973)*. Tomo II. Emecé, Buenos Aires.
- Sidicaro, Ricardo (2002). *Los tres peronismos. Estado y poder económico, 1946-55/1973-76/1989-99*, Siglo veintiuno editores Argentina, Buenos Aires.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (1986). *Perón o Muerte* Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, Legasa, Buenos Aires.
- Tedesco, Laura (1999). *Democracy in Argentina. Hope and Disillusion*, Frank Cass Publishers, Great Britain.
- Torre, Juan Carlos (1999). "Los desafíos de la oposición en un gobierno peronista" en Juan Carlos Torre y otros, *Entre el abismo y la ilusión*, Norma, Buenos Aires.
- (1995). *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires.
- (1983). *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

- Viola, Eduardo (1982). *Democracia e autoritarismo na Argentina Contemporanea*. Universidad de San Paulo, San Paulo.

- Waisbord, Silvio (2002). "Interpretando los escándalos. Análisis de su relación con los medios y la ciudadanía en la Argentina contemporánea", en Enrique Peruzzotti y Catalina Smulovitz (Eds), *Controlando la política. Ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas*, Temas, Buenos Aires.

- Waldman, Peter (1981). *El Peronismo, 1943-1955*, Ed Sudamericana, Buenos Aires.

- Zanatta, Loris (1999). *Perón y el Mito de la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946*, Sudamericana, Buenos Aires.